

Tengo otras llagas, igualmente integrales. Todas ellas hallan alivio en el saber y en la generosidad de un médico integral, Francisco Albertos, uno de los franciscos que me ayudan a ser un franciscano. Confío en tener este doctor de cabecera hasta la muerte. Quiero decir hasta mi muerte. Quieran los dioses que me cierren los ojos mi hija, Francisca Aguirre y Francisco Albertos. Es más: estoy seguro de que, si no media el cataclismo atómico, o alguna otra menos tempestuosa indignidad de esas que hemos dado en llamar guerras convencionales, ese instante de cerrarme los ojos está muy lejos todavía. Por dos razones principales: mis franciscanas, tumultuosas ganas de vivir, y la sabia asistencia de este francisco, Albertos, que ya una vez me ha salvado la vida y que no consentirá que se interrumpa precisamente ahora que estoy en lo mejor. Estoy seguro de esto. Tan seguro como de que Francisco Albertos es el mejor doctor, el mejor cómplice de mi salud, que hubieran podido elegir mi inteligencia y mi buena fortuna. En sus manos encomiendo mis llagas, pues no encontré en mi vida de laborioso hipocondríaco un médico más sabio, heterodoxo, desobediente, científico, jubiloso, integral, que este doctor, Francisco Albertos.

No os hablaré del libro. Ese libro habla solo. Habla solo, y muy bien, desde su título: *Tratado de Medicina Integral. Hacia una Medicina Ecológica*. Os hablaré, y lamento que la cortesía me obligue a hacerlo telegráficamente, de su autor. Albertos, ya lo he dicho, es un científico. Quienes censuran (tal vez quepa decir: envidian) su heterodoxia, su independencia y su desobediencia, hijas todas de una actitud eminentemente científica, la actitud del curioso, del curioso integral, del curioso en verdad impertinente, suelen intentar olvidar que Albertos estudió con los mismos profesores con que estudiaron todos los médicos de su generación, que obtuvo iguales o mejores notas, y que no desdeñó jamás ni una sola de las conquistas de la medicina ortodoxa. Pero un curioso impertinente no está seguro de saber cuánto debe y siempre sabe que puede saber más de lo que sabe. Así fue cómo Albertos se convirtió en algo parecido a un Marco Polo del saber curativo. Quienes censuran la desazón y el júbilo de este viajero de las medicinas, parecen ignorar que Marco Polo, además de un aventurero, alcanzó a ser políglota. La actitud de

Francisco Albertos ante las medicinas es la actitud del políglota ante los idiomas del mundo: una actitud de humildad, de apropiación y de propagación. Su desobediencia es amor a su oficio. Su heterodoxia es abundancia. Conozco a muchos médicos. No conozco a ninguno que dedique más horas que Francisco Albertos dedica a viajar, a estudiar. Lo punible —o lo espantable— para los ortodoxos, y a la vez lo providencial para nosotros, sus pacientes, es que Francisco Albertos hace ya muchos años que no estudia al dictado. Estudia en libertad.

Sobre el miedo —y el rencor— a la libertad existe un libro que todos conocemos; somos personas cultas. Erich Fromm ha escrito ese libro. Lo que conviene recordar ahora es que las ideas fundamentales de ese libro de Fromm, las ideas que hoy pertenecen ya a la herencia del saber psicológico, habían sido anteriormente formuladas por un heterodoxo: Wilhelm Reich, un heterodoxo integral a quien Fromm —hombre, sin duda, generoso— no agradece la deuda que con él tiene contraída. Herbert Marcuse hizo lo mismo: se apropió de métodos o intuiciones de Reich, pero sin limitarse a no citarlo: llegó a intentar disminuirlo, llegó a colaborar con quienes denominaban perturbado a Wilhelm Reich. Fijémonos en esto, porque yo creo que es importante: a veces, hasta los revolucionarios (Marcuse fue uno de ellos, y así nos lo asegura el recuerdo de una época en que estuvo de moda) tratan como a apestados a los grandes viajeros, a los heterodoxos. ¿Qué quiere decir esto? Tal vez, que la revolución siempre acaba convertida en una institución petrificada; y que quizá la revolución verdadera sea la actitud perpetuamente heterodoxa. Conformismo, revolución o heterodoxia: hay que elegir. Creo que revolución y conformismo acaban siendo nombres distintos de una igual inmovilidad. Conformismo o heterodoxia: esa es, creo, la elección. Por eso no le veis a Albertos cara de revolucionario. Pero miradlo bien: tampoco tiene cara de conformista. Es un heterodoxo. Es un científico. Como el progreso existe, por mucho que ello enoje a algunos pensadores menos heterodoxos que revolucionarios, confiemos en que Albertos no tenga que pagar por su heterodoxia el precio que pagaron algunos de sus antepasados (que, dicho sea de paso, son ya antepasados del saber): el

precio de la hoguera. Con un poco de suerte no pagará siquiera con la persecución. Aunque no logrará eludir completamente la calumnia. A Albertos le han llamado cosas feas: brujo, embaucador o curandero. Que no le ocurra nada más violento, que los dioses le distribuyan suerte, y algún día Francisco Albertos mirará hacia el rincón con humilde ironía y pronunciará en un susurro: *Pero se mueve*.

Porque, señoras y señores, se mueve. Esto se está moviendo. Esto sigue moviéndose. Y no habrá quien lo pare. La historia del saber es también, y principalmente, la historia de la herejía, de la desobediencia, de la curiosidad: la historia del viaje. Es también, desgraciadamente, la historia de la incomprensión, de la desdicha y del castigo. A uno de los iniciadores del espíritu del Renacimiento, un hombre que aplicó al estudio de la teología un método de reflexión heterodoxo y ambicioso, un hombre a quien la mala conciencia de los siglos ha acabado denominando el primer mártir de la ciencia, lo desautorizaron en su tiempo de un modo terminante: echándolo a la hoguera; se llamaba Giordano Bruno. El hombre que desarrolló la teoría heliocéntrica y que puso en cuestión la innecesaria soberbia de que el planeta Tierra fuese el ombligo del Universo, sólo publicó sus estudios cuando se hallaba moribundo, para poder así doblemente burlar a los inquisidores: se llamaba Copérnico. Galileo, mediante un artilugio diabólico llamado telescopio, comprobaría las intuiciones de Copérnico, mas para hurtarse al calorcito impetuoso de la hoguera tuvo que retractarse. De aquella humillación se vengó mediante una frase (*Pero se mueve*), pronunciada de manera inaudible, pero que hoy se escucha de modo estereofónico, sobre todo en el mundo de la ciencia. A un individuo que profería afirmaciones sacrílegas e insensatas, entre ellas la de que la sangre circula por las venas, Calvino lo ultimó con el fuego: se llamaba Miguel Servet.

Esto ocurría anteayer. Más adelante, como quien dice mismamente ayer, a principios del XVI, la profesión médica francesa detestaba a un prodigioso entrometido que luchaba contra el sufrimiento en los campos de combate y a quien después se ha venido en considerar el creador de la cirugía moderna en Occidente: a Ambrosio Paré lo aborrecían sus colegas mientras lo

veneraban los soldados arrebatados por él a la gangrena. A final del siglo XIX un hombre consiguió descubrir la vacuna antirrábica pero no le fue fácil recibir autorización para administrarla a los pobres rabiosos: Pasteur sólo era químico y biólogo; conoció la gloria, mas no desconoció el escándalo. Un cirujano inglés llamado Joseph Lister fundó la cirugía antiséptica a finales del XIX contra la cólera de sus colegas ortodoxos y tuvo que luchar desoladoramente para que hoy las enciclopedias puedan asegurar que el ácido fénico salvó más vidas de las que habían segado todas las guerras del siglo XIX. Unos años atrás, un tocólogo húngaro tuvo que enloquecer, literalmente enloquecer, para que sus colegas empezasen a considerar como ciencia el hecho de que la fiebre puerperal, que arrebatava numerosas vidas de las recién paridas, era una forma de la septicemia. Se enojaron con él, se cebaron en él porque recomendaba, descompuesto por la indignación y la misericordia, que se emplease la antisepsia en obstetricia; Ignaz Philipp Semmelweiss murió de manera horrorosa, arrojado en un manicomio. A qué seguir. Confiemos en que el doctor Francisco Albertos obtenga un mutis menos desapacible.

Debo acabar. Aseguraba Wilde que la conferencia es el único género literario absolutamente imperdonable. No fue severo: también lo puede ser la presentación de un libro o de un autor, si esa presentación se excede. El tiempo de todos es sagrado. Esta palabra, la palabra *sagrado*, debe servir a un franciscano como yo para hacer, siquiera levemente, una alusión al libro que hoy presentamos y que es sólo el primero de una obra concebida en dieciocho volúmenes. Creo que hay algo sagrado en el título de este libro, y por tanto en la empresa de la cual es a la vez el resultado y el camino. Os ruego que no penséis que el afecto me ha ofuscado hasta el punto de considerar un profeta, mucho menos un santo, meramente a un amigo. Es cierto que la amistad puede alcanzar a ser un suceso sagrado, y es cierto que la apariencia venerable de Albertos parece disfrazar —inútilmente— de santidad lo que yo sé que es un espíritu desobediente. Empleo la palabra *sagrado* con la mira más alta: el cuerpo es lo sagrado. Como enigmática casa en que habitamos, en que hacemos el «tránsito de lo oscuro a lo oscuro», nuestro cuerpo es

sagrado. Como correa de transmisión donde dura la especie, nuestro cuerpo es sagrado. Como maravillosa máquina donde celebramos la existencia del mundo y padecemos la obstinación del sufrimiento, nuestro cuerpo es sagrado. Como antena que recibe y conduce el sobresalto, la energía y el placer asombrosos de que constan los astros, nuestro cuerpo es sagrado. Como partícula prodigiosa del Universo, una partícula privilegiada que se piensa a sí misma dentro de la totalidad del cosmos, nuestro cuerpo es sagrado. Como lugar donde suceden y se funden las «emociones oceánicas» (la expresión es de Freud), nuestro cuerpo es sagrado. Como archivo donde habita la herencia de todos los saberes del hombre, nuestro cuerpo es sagrado. El cosmos es un cuerpo majestuoso y misterioso y nuestro cuerpo puede y debe alcanzar a ser un cosmos majestuoso y misterioso: un suceso sagrado. Para que ello sea posible algún día es necesario que existan seres heterodoxos, con un sentido sagrado de la vida; es decir, que se obstinen en mostrar que el destino del ser, el destino del cuerpo, sólo es posible si somos capaces de afrontarlo con el sobrecogimiento, el júbilo, el esfuerzo y la gratitud que concurren en nuestro corazón al descubrir que somos, o que podemos ser, o que pueden ser nuestros hijos, criaturas totales, integrales, criaturas armoniosas. En ese instante, la medicina, la heterodoxia, la curiosidad científica y el ejercicio del saber se han transformado ya en una moral. Que este libro contenga en sus dos títulos la palabra *integral* y la palabra *ecología* no es una decisión tipográfica: es un hecho moral. Significa que Albertos ha advertido la sacralidad del cuerpo en que habitamos y en el que consistimos, y se ha dispuesto a luchar, con la paciencia y la testarudez propias de los verdaderos científicos, para contribuir a que se rasguen las tinieblas que se oponen a la asun-

ción de nuestra salud integral, al advenimiento de la sacralidad del cuerpo y de la dignidad del ser.

Rasgar esas tinieblas es un esfuerzo laborioso y fantástico. Es también peligroso. Mencionar lo sagrado suele ser, paradójicamente, considerado un sacrilegio. No importa. Hay que seguir. Esto se mueve. Alguna vez, cuando he escuchado alguna excomunicación contra el doctor Albertos, he recordado una meditación conmovedora escrita por el heterodoxo Wilhelm Reich: «En 1919, el círculo era muy pequeño. Sólo eran unos ocho. En la Clínica Psiquiátrica se reían de ellos. En la Facultad de Medicina se reían de ellos. Se reían de Freud». En fin, Albertos es tan Freud como yo Wilhelm Reich. Pero es tan desvalido, por lo menos, como lo fuera Freud. Quizá también tan solitario. No os pido que defendáis a Albertos, que creáis en su decencia de científico, que respetéis su desmesura y su desasosiego, porque sea amigo mío y porque yo lo quiera; os pido que lo defendáis porque al hacerlo estaréis, junto con todos los pacientes del mundo, y junto a todos los científicos que ante la desdicha del cuerpo se transformaron en una desazón y una moral, coreando las palabras más ilustres que recuerda la ciencia, las palabras que pronunciara el viejo Galileo Galilei hace ya tres siglos y medio, las palabras que brotaron casi inaudibles pero que hoy suenan como una tempestad: *Eppur si muove*. Poneos en movimiento. Sed franciscanos. Basta de miedos. Si creéis que Albertos tiene, no la razón (es un científico, no un fanático) sino buenas razones, proclamadlo. Acordarnos de él tan sólo cuando lo necesitamos es una injusticia. Una injusticia del tamaño de la necesidad que él tiene de nosotros.

Félix Grande